ROMANCE DE SAN POETA LABRADOR

YO era Poeta Labrador;
mi campo era amarillo y áspero.
Todos los días yo sudaba
y lloraba para ablandarlo.
Tras de los bueyes, lentos, firmes,
iba la reja de mi arado.
Mis surcos eran largos, hondos.
(Mis versos eran hondos, largos.)
Por el otoño lo sembraba
sin desmayar, año tras año.
Iba un puñado de belleza
por cada puñado de grano.
Y un puñadito de verdad.
(Esto sin que lo viera el amo.)
Año tras año lo segaba
ardiendo el fuego del verano.
De hambre y dolor era la siega;
de hambre y dolor y desengaño.

Por San Poeta Labrador,
a mediados del mes de mayo,
cuando en la Iglesia Catedral
arden las velas del milagro,
me arrodillé sobre la piedra
antes de que cantara el gallo,
y estuve así, reza que reza,
la frente humilde, en cruz los brazos.
A Dios el Padre, a Dios el Hijo
y a Dios el Espíritu Santo
con toda urgencia les pedía
que nos echaran una mano.
Pedía por todos los buenos,
por los que dicen que son malos;
por los sordos con buen oído
y por los ciegos de ojos sanos;

por los soldados de plomo
y por el plomo de los soldados;
por los de estómago vacío,
por los de corazón cansado,
por los niños de culo al aire
y las niñas de ojos extraños;
por las madres de pechos secos
y por los abuelos borrachos;
por los caídos en la nieve,
por los quemados del verano,
por los que duermen en la cárcel,
por los que velan en el páramo,
por los que gritan a los vientos,
por los que callan asustados,
por los que tienen sed y esperan
y por los desesperanzados.

Ardientemente, largas horas,
estuve así, pidiendo, orando.

Con las rodillas desolladas,
sabor a incienso entre los labios,
yo, San Poeta Labrador,
cuando ya el sol estaba en alto,
salí en el nombre de Dios Padre,
del Hijo y del Espíritu Santo,
con ojos anchos de esperanza,
salí al encuentro del milagro.

(Angeles a la tarea
sobre mi tierra arando, arando.
Bajo la sombra de las alas,
altas espigas, rubio grano.
Pan de justicia para todos,
amor y paz desenterrados.)

Miré. Miré. Los Angeles no estaban.
Inmóviles los bueyes. Sólo el campo.

Dejé secar la sangre en mis rodillas,
miré de frente y empuñé el arado.

ANGELA FIGUERA AYMERICH